

EL CORAZÓN DEL LOCO

Seudónimo: Graciela Moreno

*Todo el mundo tiene una canción especial
dentro de su corazón.*

Mattie J. T. Stepanek

Leonardo salió del quirófano y ni siquiera mientras se lavaba las manos pudo quitarse de la cabeza la idea de que conocía de antes al hombre a quien acababa de dejar inerte en la camilla. Una semana antes, el consejo médico había determinado que la muerte cerebral era irreversible; sin embargo, su corazón estaba en perfecto estado. Por eso aquella tarde habían decidido trasplantárselo a una paciente de veinticuatro años. que ahora podría seguir viviendo.

Se estaba lavando por tercera y última vez con jabón desinfectante cuando la enfermera jefe le indicó que había aparecido un familiar del difunto y lo esperaba fuera. El paciente había llegado al hospital como indigente, de modo que la noticia de una visita sorprendió muchísimo a Leonardo. Recordó que NN, como le pusieron para identificarlo, había llegado en coma al hospital, con el cráneo hecho trizas, aunque al resto del cuerpo apenas si se le notaba que había sido atropellado por un camión.

En vista de que no existían reclamaciones por parte de familiares o amigos, y de que su desaparición ni siquiera figuraba en los registros de denuncias de la policía, el comité médico decidió utilizar su corazón para salvar aquella otra vida. En realidad, lo habían convertido en un donante porque para él ya no había esperanza. Pero era un caso sin precedentes. No habrían actuado de la misma manera si hubiera aparecido alguien, por lo menos una persona, que reclamara su cuerpo.

Por eso la llegada tardía de un familiar complicaba el caso. ¿Querría poner una demanda? ¿Estaría al tanto de la decisión que el hospital había tomado? ¿Por qué había demorado tanto en aparecer? ¿Se trataría de un timador? Leonardo decidió hablar con él en persona. Cerró el grifo del agua y se secó con prisa las manos antes de quitarse el gorro de cirujano y los zapatos. Luego se dirigió a la sala de espera. El familiar en cuestión resultó ser un hombre delgado, bastante alto, de largas barbas negras y un traje del mismo color. Incluso desde lejos resultaba intimidatoria aquella mirada oscura que parecía abarcarlo todo con precisión milimétrica. Parecía sacado de un cuento de misterio de Poe.

–Buenas noches –saludó Leonardo–, me dicen que es usted familiar del paciente, señor...

–Aldo. Aldo Kassar. En realidad, no soy su pariente, sino el único amigo que le quedó después del ataque de locura. Ya sabe cómo son estas cosas. Los familiares se avergüenzan, los amigos se retiran y el loco siempre se queda solo. ¡Pobre Tomás!

Leonardo lo invitó a acomodarse en la silla con un gesto de la mano y se sentó a su lado. Se fijó en las manecillas del reloj de la sala, eran las 8.15 P.M. La cirugía había tardado más de seis horas.

–No sé si está usted al tanto de la forma en la que murió su amigo, el señor Kassar.

–Lo estoy, sí, doctor, lo estoy. Estuve fuera de la ciudad apenas un par de semanas. En cuanto regresé y no lo vi me puse a buscarlo. Él estaba muy solo. Desde el episodio de locura yo lo veía caminar a diario por la Séptima Avenida, para arriba y para abajo, siempre siguiendo el mismo recorrido, las mismas sesenta calles que andaba y desandaba sin parar. Jamás se cansaba, ¿sabe? Caminaba sin importar si llovía o si hacía un sol endemoniado. Duró años haciendo el mismo trayecto todos los días. Se cuidaba, eso sí, de no abandonar las aceras y de cruzar las calles sólo cuando los semáforos lo indicaran. Era la única precaución que tomaba, pero lo hacía de forma obsesiva. Me sorprendió muchísimo que muriera atropellado.

Aquella alusión removi6 algo en la memoria de Leonardo. La Séptima Avenida era una avenida que recorría con frecuencia cuando iba a visitar a sus padres. Entonces cayó en la cuenta que era de ahí de donde lo conocía. De tanto verlo deambular para arriba y para abajo, sus ojos se habían habituado a su presencia como si fueran parte del paisaje del barrio. En una ocasión llegó incluso a tropezárselo frente a frente en una gasolinera y le llamó la atención que, pese a estar loco, tuviera una mirada tan serena. Afeitado, bañado y con los ojos cerrados sobre una camilla de hospital era tan distinto que por eso no lo había reconocido antes. Pero, sin duda, se trataba del mismo hombre.

–Su amigo fue atropellado al cruzar un semáforo –explicó Leonardo–, un conductor perdió el control del camión. La muerte cerebral fue instantánea.

Aldo no parecía escucharlo. Acababa de entrar en una especie de trance nostálgico y a lo único que le prestaba atención era al recuerdo de su amigo.

–Tomás no estaba realmente loco, ¿sabe? Lo que pasa es que un día escuchó la música de su propio corazón y sintió deseos de desafiar al mundo con esa canción. Su familia se opuso y se lo prohibieron, aunque seguirla era lo que más deseaba. Al cabo de un tiempo de brutales censuras por parte de quienes lo rodeaban, terminó por hacer lo que le imponían. Fue una tragedia porque ya nunca más pudo ser feliz. Nunca. Estudió la profesión que más dinero le daría, obtuvo un título de la mejor universidad del país, se casó con la mujer apropiada de su entorno social, aunque sin demasiada convicción, y todo hubiera seguido así de no ser porque un día conoció a Leila.

Ella fue quien le recordó lo de la música en su corazón, le recordó lo hermosa que era y cuán viva estaba aún dentro de él. Cuando ella murió a causa de una leucemia, pocos meses después de su primer encuentro, Tomás se dio cuenta de lo corta y preciosa que era la vida y decidió que recuperaría su música al precio que fuera. La familia se escandalizó, la esposa lo dejó, lo despidieron del trabajo, y entonces él comenzó a deambular por las calles. Sin hogar, sin amigos, sin dinero para comer, descuidó por completo su vida, su aspecto, hasta convertirse en un mendigo. Andaba de día y de noche con el único propósito de volver a sorprender en su corazón aquella música. Estaba convencido de que había desperdiciado demasiado tiempo haciéndose sordo a ella y se mostró dispuesto a resarcir el daño, a andar mucho para poder alcanzarla y recuperarla.

Aldo hizo una pausa justa, profunda, medida, como si necesitara separar lo que había dicho de lo que iba a decir a continuación.

—Nadie sabe con certeza si al final la encontró. Cuando uno desoye la música de su corazón, algo dentro comienza a destemplarse, a desafinarse de forma amarga. Hay quienes optan por crearse una rutina diaria llena de ruido, para que la bulla exterior encubra la disonancia interior. Es una tragedia, pero ocurre con mayor frecuencia de la que uno imagina. Sin embargo, yo creo que al final Tomás sí encontró su música, porque la última vez que nos cruzamos vi amor en sus ojos, como si contemplara el mundo lleno de dulzura. Aquella mirada ya no era la de un loco, sino la de un hombre que estaba en paz consigo mismo. Creo que cumplió sus dictados más profundos. Aun así, siguió caminando siempre al mismo compás. Tal vez tenía dentro un tamborileo que no le dejaba descansar.

Leonardo se apretó las manos y hablando más para sus adentros que con su interlocutor, dijo con el tono de triunfo de quien acaba de resolver un viejo misterio:

—Por eso era que su corazón estaba tan fuerte. Jamás había trasplantado un órgano en tan buen estado. ¡Era natural! ¡Se pasaba el día y la noche haciendo ejercicio...!

—¿Pero es que le ha sacado el corazón? —le interrumpió Aldo sin disimular un gesto de asombro en su rostro.

Leonardo lamentó la imprudencia que acababa de cometer. El hospital estaba expuesto a una demanda por haber dispuesto del cuerpo del fallecido sin autorización de nadie. Enseguida se arremolinaron en su cabeza mil argumentos que justificaban la decisión médica, incluso la legal, pero optó por no enfrascarse en una disputa que podía llegar a ser muy larga. Se limitó a decirle la verdad sin dar mayores detalles.

—Sí. Se lo hemos trasplantado a una joven que lo necesitaba. Tomás no tenía ninguna esperanza de salvación, en cambio ella sí. Era un asunto de vida o muerte.

—¡Pero qué ha hecho! —exclamó Aldo aterrado—. Le puede haber puesto a esa muchacha el corazón de un loco, un corazón desafinado, atormentado por muchos

años de negligencia, de cruel amordazamiento. No sabemos a ciencia cierta si Tomás se curó al fin o no. ¡No lo sabemos!

Leonardo supo que si continuaba allí tendría que revivir la vieja discusión de si los sentimientos de un hombre estaban en su cuerpo o en su espíritu. Pero estaba agotado y al día siguiente tenía otra cirugía temprano, así que cortó la conversación con un tono inusualmente descortés en él:

–Si tiene alguna queja, mañana puede hablar con el Departamento de Donación de Órganos. Abren a partir de las nueve de la mañana. Yo me tengo que ir ahora. ¡Buenas noches!

–¡Espere, doctor, usted no me ha entendido! Esa paciente a la que le ha transplantado el corazón está en peligro. Puede volverse loca, puede tener dentro el tormento que le hizo perder la cordura a Tomás. –Sus ojos se abrieron de forma desorbitada, como si ante ellos desfilara una de las visiones del Apocalipsis. Sudaba y se veía muy agitado, pero no daba muestras de estar enojado, sino más bien nervioso.

–Le repito –dijo Leonardo de forma brusca– que el departamento con el que usted desea hablar estará abierto a partir de las nueve de la mañana. Del estado de salud de la otra paciente me ocupo yo. ¡Buenas noches!

Antes de girar sobre sus talones, Leonardo le echó un rápido vistazo a las manecillas del reloj de la sala. Las ocho y media. A la misma hora, pero de la mañana, comenzaría su turno al día siguiente.

En algún lugar en medio de su habitación a oscuras, donde siempre dormía solo, Leonardo escuchó el sonido del móvil. No era frecuente que lo llamaran fuera de sus horas de turno, pero había casos excepcionales. Tanteó con la mano sobre la mesa de noche y encontró el reloj. Eran las tres y media de la mañana. Como pudo, leyó el mensaje, encendió el teléfono, marcó el número del hospital y le respondió Nadia, la enfermera jefe.

–Doctor, tenemos una emergencia con la paciente que operó hoy.

–¿Tuvo alguna complicación posoperatoria?

–Sería mejor que usted mismo la viera, doctor. Ahora está con el psiquiatra.

–¿Con el psiquiatra?, pero si no tenía antecedentes de enfermedades mentales...

–Doctor, por favor –la voz de Nadia denotaba tensión y alarma–, será mejor que venga.

–Salgo enseguida –respondió Leonardo. Apagó el teléfono en la oscuridad.

Al entrar por la sala de espera de urgencias se sintió encandilado por las luces de neón. Apuró el paso y por un instante le pareció ver a Aldo entre los familiares de los pacientes que maldormían en las sillas a esa hora, pero no se detuvo a hablar con él. Se dirigió a la habitación de la paciente. La encontró bailando descalza, muerta de la risa, sin importarle que el camión del hospital le dejara el trasero completamente descubierto. Leonardo no se había fijado en ella antes, pero era una muchacha muy hermosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Leonardo al psiquiatra.

—No sé —respondió—, es el caso más raro que he visto en mi vida. Según las enfermeras, de repente se levantó y comenzó a bailar. Hace una hora de eso. Como ves, ella misma se desconectó el suero y los monitores. Sin embargo, ya la he examinado y sus signos son estables. La herida no sangra y las analíticas no muestran signos de infección. Pese a lo inusuales que son estas circunstancias, ella está muy bien. Por eso no me atrevo a darle ningún tranquilizante. Creo que, combinado con los residuos de la anestesia, podría tener un efecto nocivo.

—Déjame un momento a solas con ella, por favor.

—¡Claro! Ahí te dejo a tu paciente. No te preocupes, que no es peligrosa. Extraña sí, pero no peligrosa.

El psiquiatra le dio una palmada en el hombro a su colega y salió de la habitación 212. Cuando Leonardo estuvo a solas con su paciente, se sentó sobre la única silla y la observó en silencio. Ella bailaba con alegría desaforada al ritmo de una música que parecía salirle de dentro.

—Dime una cosa —dijo él para tantear su grado de lucidez—. ¿Cómo te llamas?

—Salomé. Me llamo Salomé.

—¿Y por qué bailas?

En ese momento la muchacha se le acercó hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del suyo y sintió el impulso de alejarse, pero la expresión de ella lo sedujo, emanaba dulzura y tranquilidad. Sudorosa y sonriente, sin dejar de bailar ni un momento, se quitó el camión para quedar desnuda en todo su esplendor. A Leonardo le resultó imposible no admirarla bajo aquella luz que acentuaba la hermosura de su cuerpo, pero el centro de su mirada era la punta de aquel dedo índice, que presionaba con delicadeza la herida del corazón, cubierta por una gasa.

—Aquí, doctor, entre las costillas y el alma, hay música. Todos tenemos música en el corazón. La del que me has puesto se oye con tanta claridad que da gusto. Yo había dejado de escuchar hace tiempo la del mío. Pero la música de éste es tan hermosa... ¡Tan hermosa que no puedo dejar de bailar! Es irresistible. ¿Sabes qué? Nuestros sueños danzan en nuestros corazones.

Leonardo no pudo evitar sonreír ante aquella respuesta, porque era lo más loco y bello que había escuchado en su vida. Se quedó un largo rato mirando bailar a Salomé. Ya no pensaba en el posible ataque de esquizofrenia, ni en un desconocido efecto secundario de la anestesia, ni en el hombre vestido de negro en la sala de abajo, ni en el psiquiatra que lo esperaba para tomar una decisión conjunta. Mientras seguía con los ojos los movimientos de ella, en lo único que pensaba era en la música del corazón. ¿Cómo era que la había olvidado? ¿Cómo había acallado la suya de forma tan impune durante tantos años? ¿Dónde estaba ahora?

–¡Aquí, doctor, aquí! –dijo la muchacha como si le leyera el pensamiento. Su dedo índice apuntaba de nuevo a su propio corazón y se movía aún con mayor entusiasmo. Algunos mechones de su cabellera negra se le pegaban al cuerpo sudoroso y desnudo, y los pies, que de cuando en cuando levantaba en el aire, estaban sucios en las plantas.

–Sí, Salomé. ¡Ahí! –susurró él.

–Venga, doctor. Entre el alma y las costillas –cantó ella.

Cuando lo invitó a bailar con aquel gesto de alocada inocencia, Leonardo sintió que su cuerpo se levantaba de la silla sin que interviniera su voluntad. No pensó nada. No formuló ninguna protesta. Sólo se levantó y siguió el ritmo de un tamborileo suave que comenzaba a sonar en su interior. Dejó que la música de su corazón fluyera y llenara hasta el último rincón de su sangre, que tomara posesión de todo su ser. Se sintió liviano, igual que si estuviera dentro de un sueño, libre y feliz como no se había sentido en años.

Fuera, cuando la tardanza de Leonardo se volvió preocupante, el psiquiatra y las enfermeras decidieron abrir la puerta de la habitación 212. Se quedaron estupefactos al descubrir a dos locos desnudos, como un par de salvajes felices, que bailaban y reían a carcajadas señalándose el corazón.